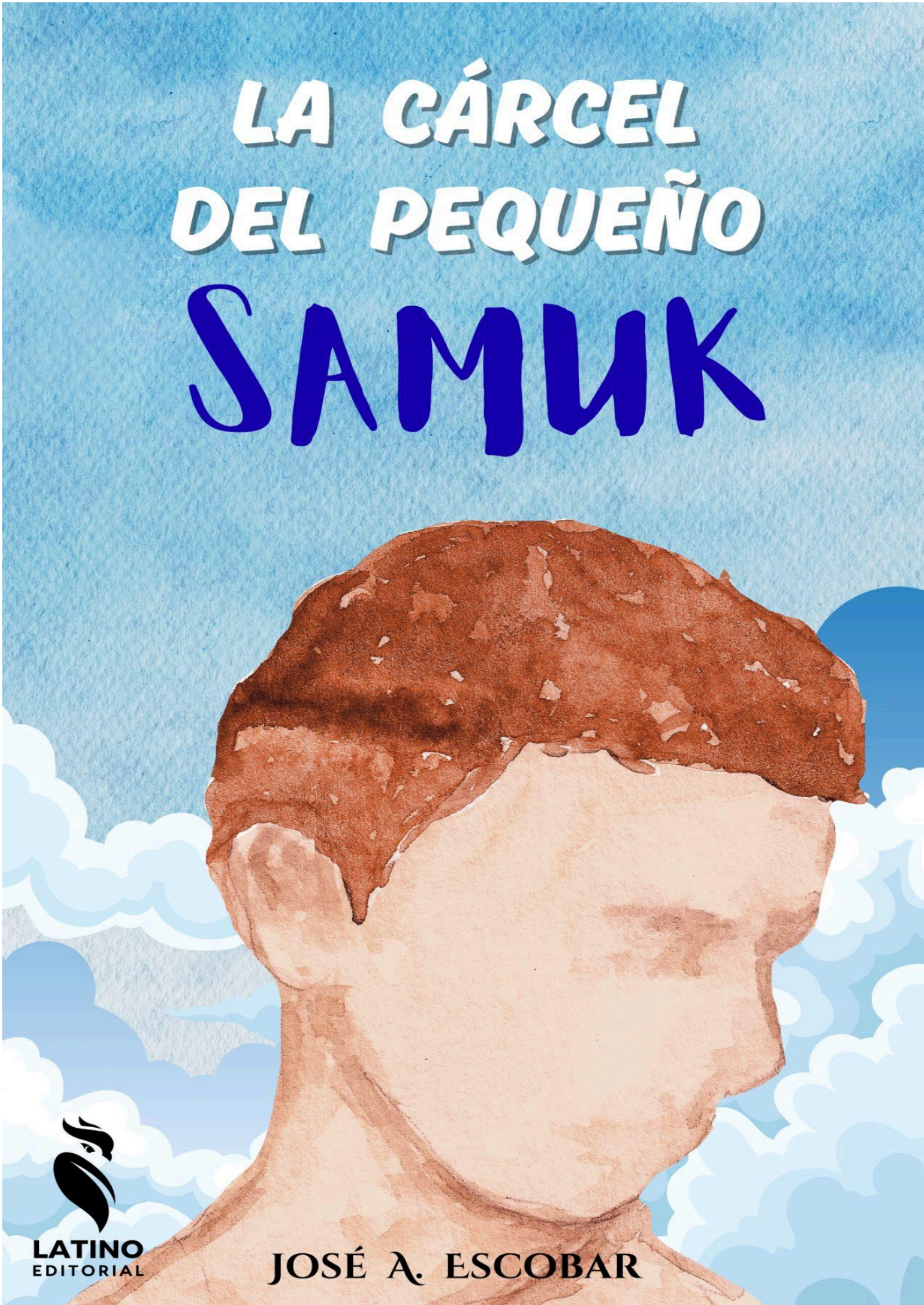
LA CÁRCEL DEL PEQUEÑO SAMUK



JOSÉ A. ESCOBAR

LATINO EDITORIAL

La Cárcel del Pequeño Samuk

Escrito por:
José A. Escobar B.
Escritor, profesor de idiomas, traductor.
Licenciado en Idiomas Modernos
Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela).

Escrito en Varsovia, Polonia. Marzo de 2025.

Revisión ortográfica: Priscila Menéndez.

Primera edición: agosto de 2025.
© 2025, Safe Creative, S.L.
a Legal Tech Company
N.º de registro: 2505031639611
ISBN: 978-83-975306-6-9

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida con fines de lucro. La obra puede ser almacenada en cualquier sistema de recuperación y transmitida en cualquier forma o por cualquier medio—electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o cualquier otro medio. La obra puede compartirse gratuitamente.

Cuento Venezolano

https://www.latinoklass.com/latino-editorial

LA CÁRCEL DEL PEQUEÑO SAMUK

—¡Mamá, por favor, déjame salir a jugar con los demás! —gritaba con todas sus fuerzas.

Los gritos del pequeño Samuk rebotaban en las paredes de su lúgubre y frío lugar de castigo. Después de sentir el eco de sus propias palabras una vez más y ante el gélido silencio de su madre, comprendió que era inútil dialogar y bajó la cabeza, abatido por la tristeza. No comprendía por qué debía permanecer encerrado tanto tiempo.

Sin embargo, poco después, comprometido con su supervivencia y por el dolor en las piernas, se dispuso a gritar.

Pero esta vez lo hizo desde lo más profundo de sus entrañas, con tanta fuerza que quizá alguien más pudiera escucharlo:

—¡Mamáaaa...! ¡Mamitaaa...!

Tomando aliento y con un tono conciliador, expresó:

—Ya te he pedido perdón muchas veces... No lo volveré a hacer.

Esta vez, después de tantos intentos fallidos, Samuk había logrado captar la atención de su madre, quien estaba en la sala con una pierna enyesada.

Ella seguía enojada; entonces se levantó de golpe y se acercó a la puerta del recoveco donde el niño estaba encerrado. Con rabia en el corazón, golpeó salvajemente la puerta una y otra vez, dejando claro que no debía molestarla.

Los golpes en la puerta fueron tan violentos que el tierno Samuk, con la mejilla apoyada en ella, sintió el mensaje tanto en su cuerpo como en su alma. El impacto fue físico y psicológico: lo hundió aún más en la tristeza.

Su cuerpo, tendido en el suelo, quedó inmóvil tras la descomunal reprimenda. Sus ojos no dejaban de llover. Los mantenía abiertos, fijos, contemplando la única fuente de luz que poseía: aquella que se filtraba por la ranura inferior, entre el suelo y la puerta.

En la sala yacía su madre, tumbada sobre un sofá, con la cara adolorida e hinchada, maldiciendo al niño por lo que le había hecho.

Los sollozos de la madre eran percibidos por el aterrado Samuk, quien no había tenido la más mínima intención de hacerle daño; solo quería jugar con los materiales de la casa.

Desde su amor, él quería consolarla, pero no se atrevía a pronunciar palabra alguna, temeroso de empeorar la situación. Sabía que nada sería igual tras lo sucedido.

Tras tres horas de silencio aturdidor, escuchó los pasos de su madre, que se dirigía a tomar una ducha fría; no le alcanzaba el dinero para encender la calefacción.

La puerta de la habitación había quedado entreabierta, y el frío se filtraba por la ranura inferior del minúsculo espacio donde se encontraba el vulnerable Samuk.

Además del frío, sentía mucha hambre. No había comido más que un pan viejo y café sin azúcar en las últimas cuarenta y ocho horas. Tenía las piernitas dobladas sobre el suelo. El dolor en su cuerpo comenzaba a disminuir con el frío, pero el hambre se recrudecía.

El timbre de la casa sonó siete veces ininterrumpidamente. La madre de Samuk abandonó su ducha y, tras vestirse apresuradamente, salió a abrir la puerta. Un hombre alto y delgado irrumpió en la sala como un toro enfurecido. Sus ojos recorrían el lugar con desesperación; buscaba sin parar, vociferando:

—¡Déjalo salir!

Después de media hora sin poder encontrarlo, el hombre, ya un poco más calmado, intentaba hacer entrar en razón a la madre de Samuk, quien yacía tumbada en el sofá, con las manos cubriendo los oídos para no escuchar las palabras de su hermano mayor.

Era Karohi, el tío de Samuk, quien le dijo:

—Yarima, hermana… no puedes retener a un niño encerrado durante tanto tiempo. Es inhumano. —¡Es un crimen lo que estás haciendo!

—¡Por favor, déjalo salir! ¡Al menos, dale algo de comer!

El pequeño escuchaba que hablaban de él, que había alguien interesado en su bienestar. Por primera vez, se sintió amado. Aunque desde su oscura y estrecha trinchera no podía ver el rostro de su héroe, ya amaba a su primer aliado.

Su tío Karohi se levantó de la silla, que estaba frente al sofá donde Yarima seguía inmóvil, sumergida en el llanto. No decía una palabra, pero en su silencio se aferraba con firmeza a la decisión de no liberarlo. Sentía odio dentro de sí y se negaba a reconocer que el perdón y el amor pueden cubrir una multitud de faltas.

Karohi tragó saliva con fuerza. Una mezcla de culpa e impotencia lo atravesaba: sentía que él, más que nadie, debía haber evitado todo aquello.

Sin otra opción, tomó el teléfono y llamó a sus padres.

El señor Shaki y la señora Makiri vivían en un shabono, un lugar apacible de convivencia comunitaria. Este se encontraba en una aldea remota, rodeada de una exuberante riqueza natural y de aire puro, al pie del imponente Tepuy Roraima. Esta escultura natural, de 2.810 metros de altura, se erige sobre una zona de ecología prehistórica que alberga flora y fauna únicas del mundo. Su cielo azul es constantemente surcado por guacamayas de plumas amarillas, azules y rojas.

Al enterarse de lo sucedido, Shaki tomó la mano de su esposa, Makiri, y salieron de inmediato, abandonando su shabono y su tierra milenaria.

Montados sobre un gigantesco pájaro de hierro —tal como lo percibe Shaki—, atravesaron una vasta y colosal extensión de aguas profundas. Tras nueve horas de vuelo, la gran ave tricolor, exhausta, se posó brevemente sobre la encina, un árbol ibérico.

Luego de beber agua y enfrentarse a temperaturas gélidas, el ave, guiada por su instinto, experimentó una metamorfosis: su cuerpo se transformó en una majestuosa águila de hierro, con un plumaje compuesto por dos franjas: blanca y roja.

Tres horas y media después, el águila blanca cesó su aleteo y posó con fricción sus garras sobre la nueva tierra firme, helada, poniendo fin a la travesía de veinticuatro horas desde que Shaki y Makiri comenzaron el viaje.

Llegados a casa, Karohi les abrió la puerta, inclinó la cabeza y puso su rodilla derecha sobre el piso —un saludo reverente común en su tribu—. Makiri, una mujer baja de pelo liso, ya anciana pero llena de vigor, se puso de rodillas y abrazó tiernamente a su hija. Sin decir una sola palabra, la estrechó contra su pecho, haciéndole saber que su amor era incondicional. Olió los cabellos de su hija, buscando llenar el vacío dejado por el tiempo perdido desde que sus hijos emigraron a la gran ciudad.

El pequeño Samuk, muy hambriento, permanecía encerrado. Permanecía callado, a la expectativa de lo que sucedía afuera. Nadie podía liberarlo. Todos comprendían que primero debían convencer a Yarima, pues, de lo contrario, podría intentar herir al niño nuevamente, tal como lo había denunciado su hermano Karohi en la llamada.

Había una gran tensión en la sala. Karohi permanecía de pie, con los brazos cruzados y apoyado sobre la nevera. Mantenía el rostro inmóvil, con los ojos fijos en el suelo ante la presencia de su padre.

Shaki, un hombre agricultor de espalda robusta y cabello gris, permanecía de pie junto a la ventana, de espaldas a los suyos. No quería dirigirle la mirada a ninguno de ellos, pues siempre se había opuesto a que emigraran. Con el rostro congelado, sus ojos se movían sin cesar, observando la ciudad cosmopolita con desagrado. Al levantar la mirada, divisó un colosal edificio de piedras de tono grisáceo-beige, de arquitectura estalinista con influencias del art déco y del neoclasicismo soviético. En lo más alto, destacaba una torre de reloj que sostenía una antena y alcanzaba los 237 metros de altura.

La situación del pequeño ameritaba una resolución inmediata del conflicto, pues su vida pendía de un hilo y su condición se volvía cada vez más precaria, rodeada de oscuridad.

Después de que la tensión había disminuido, Yarima se dispuso a conversar con su madre. Con voz suave pero firme, insistió en que no lo liberaría. Argumentó que si lo sacaba de la pequeña cárcel, el niño solo la haría sufrir aún más. Con una notable expresión de asco, agregó que lo odiaba.

Ante esas crueles palabras, la madre no podía hacer más que contener los labios, con los ojos abiertos de par en par. No podía creer cómo su hija se había convertido en un monstruo al hablar así de su propio hijo. En su mente, se preguntaba en qué había fallado como madre. Por su parte, Shaki se preguntaba una y otra vez por qué las grandes ciudades deshumanizaban.

Karohi, al ver la soltura con la que ahora hablaba su hermana, sintió un escalofrío en el cuerpo. Entendió que debía actuar de inmediato, o todo podría salirse de control. Tras vencer su parálisis, intentó decir algunas palabras; desafortunadamente, no tuvo éxito. Su hermana no lo dejó expresarse por completo y comenzó a dar rienda suelta a su lengua, revelando lo inimaginable. Finalmente, confesó que, siguiendo la idea de su hermano, inicialmente habían decidido destruir al niño, pero luego optarían por venderlo a mercaderes árabes.

La madre, al escuchar tal barbaridad, sufrió un ataque al corazón y se desmayó sobre la alfombra de la sala. El padre sintió hervir la sangre y embistió con vehemencia contra su propio hijo. Al ver el infierno que se desataba, los gritos descontrolados de Yarima hicieron erizar la piel de los vecinos, quienes no dudaron en solicitar la presencia policial inmediata.

Al sonido de las sirenas, un escuadrón de policía llegó, seguido por la ambulancia y sus paramédicos. Todo el vecindario se agolpaba detrás de las cintas plásticas que la policía había colocado alrededor del jardín de la casa. Estas ondeaban con el viento, marcando el límite entre la curiosidad y el horror.

Los policías lograron contener a Shaki al aplicarle una descarga eléctrica en la zona lumbar. Makiri había recobrado el conocimiento y sostenía a su hija entre los brazos. Había mucha sangre esparcida por todo lo ocurrido. Karohi, con dolor en el cuerpo, vio la sangre por todo el piso y en sus cuerpos, y, como hablaba la lengua del lugar, les explicó a los paramédicos que había un niño encerrado y que debían hacer lo posible por sacarlo antes de que muriera.

El pequeño estaba aturdido, sin entender qué ocurría. Su cuerpo se debilitaba cada vez más y su diminuto corazón apenas respondía. Por suerte, uno de los paramédicos logró dar con su paradero e inició el delicado y laborioso rescate. Se requirió la ayuda de varios colaboradores; fueron necesarias muchas herramientas modernas y, sobre todo, mucho cuidado. Era fundamental que el niño no sufriera ningún daño. Solo los expertos podían llevar a cabo un rescate tan peligroso como aquel.

Finalmente, lograron sacar al niño de la oscuridad. No podía abrir sus ojitos ante la intensidad de la luz. Su cuerpo, desnutrido y de un tono verdoso, temblaba. Tenía las extremidades entumecidas; su cárcel era demasiado estrecha. El estado del niño era deplorable. Los vecinos, consternados, se llevaron la mano a la boca al verlo. La crueldad humana no tiene límites. Estupefactos, no podían apartar la mirada del pequeño.

Después de recapacitar, todos pidieron perdón. El odio en Yarima se había desvanecido para siempre. Toda su familia se reunió a su alrededor, en el sofá de la sala, abrazándola con amor. Los vecinos, con lágrimas en los ojos, observaban con atención lo que sucedía. Entonces, el paramédico bilingüe —un

hombre alto de ojos azules—, tras estabilizar la salud del pequeño angelito, anunció con alegría:

—¡Es un niño! ¿Qué nombre le pondrán?

Yarima, con su primer niño entre los brazos y la mirada colmada de amor, exclamó con voz firme y dulce:

—¡Se llamará Samuk!

Fin.